

Presentación del libro *La Universidad y el País: Escenarios del Siglo 21* del profesor Antonio García Padilla

Honorable Rafael Hernández Colón
Exgobernador de Puerto Rico

Antonio García Padilla piensa la Universidad junto al País y así titula el libro que les voy a presentar. La Universidad del Estado, y primera en establecerse en la Isla, desempeña un rol cardinal en la vida de nuestro pueblo. De modo que es esencial pensarla y pensarla, como lo hace García Padilla, en el escenario del Siglo XXI en el que vivimos.

Las primeras décadas de la Institución proveyeron el germen del desarrollo intelectual de puertorriqueños que tomarían posteriormente las riendas de la Universidad y conforme con los valores universitarios y las aspiraciones patrias fijarían sus metas y le impartirían su rumbo. Subsiguientemente, generaciones de puertorriqueños preparadas por la Institución han aportado sus saberes con valía desde el sector público y desde el sector privado al quehacer político, económico, social y cultural del país. Bajo el liderazgo de Jaime Benítez la Institución llega a su madurez durante las décadas del '40, '50, y '60. Benítez le imparte su visión a la función docente y un sentido de misión a la Universidad que la lleva a los más altos niveles de calidad en su desempeño y en su relevancia para la sociedad en la que se desenvuelve.

Paralelamente con el desarrollo institucional que ocurre en Río Piedras durante estas décadas, ocurre lo mismo en el gobierno de Puerto Rico. A partir del mandato democrático que recibe el

gobierno que se instala en el 1940 y continúa ininterrumpido hasta el 1968, se crean las corporaciones públicas: Autoridad de Fuentes Fluviales, ahora Autoridad de Energía Eléctrica; Autoridad de Acueductos y Alcantarillados, el Banco Gubernamental de Fomento, la Administración de Fomento Económico, Puerto Rico Industrial Development Company (PRIDCO), la Autoridad de Tierras, la Autoridad de Puertos y muchas otras agencias que llevarán a cabo la modernización y la transformación del País.

Al culminar este periodo, entramos en los tiempos de la alternancia de los dos partidos principales en la gobernación de la isla. Alternancia que implica destinos políticos diferentes y distintos estilos de gobierno, culturas políticas disímiles, maneras diferentes del trato a la Universidad. Lo mismo acontece con el servicio público del Estado, el cual se va apartando del sistema de mérito y se va politizando, a la vez, que se desarrolla una cultura burocrática que anquilosa las instituciones de los años 40. Se pierde el norte; el sentido de misión con el país se convierte en sentido de misión con el partido, con el poder, con el puesto y en muchos casos, con el cheque quincenal.

En la Universidad, un partido menoscaba el concepto de la casa de estudios con el cual plantó bandera autónoma Benítez y la trata como otra

agencia más. Las alternancias resquebrajan el control de la Universidad por los universitarios e introducen otro comportamiento que diluyen el poder de los organismos rectores. Se afianza el poder sindical y se crea una compleja madeja para la dirección del Sistema.

Esa es la Universidad de la cual Antonio García Padilla se convierte en Presidente en el 2001. El libro que les presento contiene su gestión por cerca de una década y sus reflexiones sobre los lineamientos estratégicos que debe seguir la Institución para enfrentar los retos internos y externos que confronta el país en el escenario del siglo 21.

El texto se divide en cinco capítulos que tratan el carácter estatal de la Universidad y su responsabilidad pública, su función democratizante y su compromiso con la calidad; el adelantamiento de lo funcional y la promoción de la estética, el escrutinio externo y la autonomía, la apertura al mundo desde el entorno puertorriqueño.

El carácter público de la Universidad no se define solo por su vínculo jurídico o económico con el Estado si no por su compromiso con el ensanchamiento del capital social de la comunidad, el cual remite al enriquecimiento intelectual, moral y material de la sociedad, a través de la formación de sus ciudadanos y de la realización de tareas de investigación y la aplicación de sus resultados.

El principio de la autonomía en la cátedra y en la gestión universitaria define los espacios de actuación del Estado y de la Universidad. Se trata de

procurar un delicado equilibrio entre éstos y los vínculos jurídicos y económicos que necesariamente tienen que mantenerse en sintonía con las necesidades, los problemas y las aspiraciones del país; pero desde una libertad comprometida con los valores que inspiran el quehacer universitario

García Padilla está consciente, cuando toma posesión de su cargo, que la alternancia había reforzado comportamientos decepcionantes en la cultura política: la confusión entre partido y gobierno, la descalificación de los adversarios políticos y la mentalidad de que es apropiado cambiar de arriba abajo los funcionarios y los protocolos cuando hay relevo en el partido gobernante. Sabe que esto se extiende al gobierno en general; se lamenta que “el país tampoco parece mostrar ya en cuanto a ello inquietudes ni indignaciones”.

Cita a *la Middle States* cuando esta señala que si la tenencia de un administrador universitario está sujeta al partidismo político o si los nombramientos a la Junta de Síndicos se llevan a cabo de acuerdo con consideraciones políticas, la Institución puede menoscabarse, y sus prospectos para la excelencia verse seriamente disminuidos.

El liderazgo institucional, nos dice, acaso llega a disolverse cuando los grupos universitarios perciben que sus directivos están más sintonizados con fuerzas externas que con la Universidad. Consciente de ello, al tomar posesión y atender el nombramiento de los Rectores hizo constar de inmediato que la

idoneidad para el cargo y los méritos para ocuparlo serían elementos únicos. No tendría peso alguno la orientación ideológica de los candidatos. Se ajustó a pie juntillas a esta disciplina mientras acometía la gestión del sistema universitario.

En la administración de los recintos superó el carácter parcelario de las unidades, componentes del Sistema, y permitió que los cursos que se ofrecían en unos recintos se convalidaran en otros, para así integrar el Sistema. Se fijó metas *-Diez para la Década-*, redefinió el espacio público de la universidad e insertó cada recinto mediante la investigación y la docencia en la formación del capital social del área que lo circunda o más ampliamente del país. Sirva señalar como producto de esta gestión el Centro Comprensivo de Cáncer, en Río Piedras y la Planta Piloto de Procesos Industriales, en Mayagüez. Gestionó, con notable éxito, la vinculación filantrópica de empresas y egresados con la Universidad.

El acceso a la Universidad, que ahora le llaman inclusión, tenía que armonizarse con la calidad de la oferta universitaria, pues la educación superior de calidad es el principal mecanismo de movilidad, de integración y de cohesión en la sociedad contemporánea. La educación desde el nivel elemental ha sido históricamente instrumento integrador a la vez que formador de talentos en nuestra sociedad puertorriqueña. Durante el siglo 19, por la escuela elemental del Maestro Rafael Cordero, pasaron Román Baldorioty de Castro y José Julián Acosta, que luego prosiguieron estudios universitarios en España; también Alejandro Tapia y Rivera y Manuel Fernández Juncos.

La propuesta educativa del Maestro Rafael radicaba en el contenido social igualitario y en el componente de convivencia y de gradual acción libertadora que lo inspiraba. Niños procedentes de acomodadas familias esclavistas e hijos pobres de esclavos que aprendían a convivir solidariamente en un mismo aula-hogar y a cultivar el cariño y el afecto mutuo que nacía del diario compartir, del juego y de la amistad. Los niños tocaron el corazón de las familias y sentaron las bases de un acelerado proceso de cambio de mentalidad y de transformación social

En el contexto de la sociedad esclavista en que vivió, la enseñanza en el aula estrecha de la sala de su casa — número 98 de la calle Luna, de San Juan— convertía a Rafael Cordero en el testigo fiel y valiente que anticipaba, día a día, la promesa cristiana de un cielo y una tierra nueva. Su escuela era el lugar donde se ponía fin a las desigualdades de la servidumbre esclavista. Representaba la gran utopía de una patria igualitaria, predicada en un reordenamiento de la realidad social puertorriqueña, que proclamaba la dignidad y la hermandad de los hijos de Dios.

García Padilla, y también su hermano Alejandro, que acaba de ser electo Gobernador de Puerto Rico, cursaron sus estudios elementales y secundarios en una escuela inspirada por los mismos principios que inspiraron la escuelita del Maestro Cordero: el Colegio de Nuestra Señora de Valvanera en Coamo. En aquella escuela de formación académica excelente, en manos de una orden de monjas misioneras, se reunían alrededor de 400 alumnos de todas las procedencias. Hijos e hijas de terratenientes y

profesionales, nos dice en su libro Antonio García Padilla, convergían con hijos e hijas de maestros, de empleados de las tiendas y boticas - una de estas hijas, mi esposa Nelsa, convergían con residentes de las parcelas, y los hijos e hijas de las familias más desprovistas. En los dos portones de la verja del Colegio nos cuenta García Padilla, quedaban las marcas que podían distinguir a los estudiantes fuera del perímetro escolar. Todo signo de diferencia estaba vedado. El riguroso uniforme era igual para todos: para los que podían pagar y para los que —sin que jamás se conociese— eran becados y, recibían el uniforme —zapatos y medias incluidos— como parte de la beca. Hasta los libros los “prestaba” el Colegio a todos los alumnos de todos los grados, los que pagaban y los becarios, para ser usados y cuidados por los estudiantes y devueltos al Colegio, al concluir el año, para el uso de la próxima generación de estudiantes.

El tránsito por Valvanera, permitió a García Padilla conjugar inclusión y calidad, no solo como conjunción intelectual, si no como experiencia vital, inspirándolo como Presidente de la Universidad, a que cada puertorriqueño que pase por ella se prepare para participar plenamente, al máximo de su capacidad en la agenda de innovación y de creación que como pueblo tenemos delante. Esto lo llevó a realizar esfuerzos para la integración del sistema de educación escolar con el sistema de educación superior para ingresar un mayor número de estudiantes de escuela pública a la Universidad, mejorando la docencia mediante la acreditación de los programas de

formación de maestros en la Universidad, y la infraestructura en la escuela pública —especialmente los laboratorios— para ponerlos en condiciones de igualdad con los egresados de escuela privada.

La apuesta por la acreditación como instrumento de calidad, no se limitó a los maestros, si no que se extendió a todos los ámbitos de la docencia y a los servicios de apoyo académico, que hasta entonces no estaban bajo el escrutinio de acreditadoras externas, asentando una cultura de acreditación en todo el Sistema.

El patrimonio edificado o planta física de la Universidad, se había deteriorado marcadamente durante los años de la alternancia que procedieron a García Padilla. El mantenimiento de lo edificado guarda escasa prioridad en el gobierno. Un imperativo electoral dicta que los presupuestos para obra nueva rinden más fruto político que aquellos destinados a la conservación de lo existente. Yo lo viví agudamente cuando manejaba el gobierno central. La Universidad no ha sido excepción de ese rezago mental propio del subdesarrollo.

Muy sensible a la belleza estética, al igual que a la función de la economía del conocimiento y de nuestra planta industrial farmacéutica, García Padilla se dio a la puesta al día del patrimonio edificado de la Universidad, por ejemplo, el teatro fue magníficamente rehabilitado a la vez que realizaba importantes aportaciones a la tipología ecléctica de la Institución con edificios como el de las Ciencias

Moleculares en Río Piedras y la Planta Piloto de Bioprocesos en Mayagüez. En el primero, 152,000 pies cuadrados de investigación de alto nivel para las ciencias empíricas, especialmente en los campos instrumentales para el desarrollo económico del país.

Sobre estos proyectos, nos dice García Padilla, se pueden levantar otros más ambiciosos como la Ciudad o Distrito de las Ciencias, el Parque de Investigación, vinculados a nuestros recintos de Río Piedras, Ciencias Médicas y al Jardín Botánico que promueven la estrategia de competitividad de nuestro país. Concurro con él en este particular y espero que como parte del Distrito o Ciudad de las Ciencias desaparezca lo que fue el presidio y se levante uno o varios edificios vanguardistas para albergar un uso investigativo, docente o clínico en el terreno que ocupa esa mole de cemento armado y barrotes de hierro sin valor histórico o artístico.

Y concurro con él cuando nos dice que una educación superior de calidad demanda ambientes de calidad que la respalden, que el diseño de los edificios influye significativamente en la forma que los docentes, los estudiantes y el personal se desempeñarán en sus trabajos, que los edificios universitarios contribuyen a la consolidación y al fortalecimiento del espíritu de una buena universidad que abandera ese espíritu, que la Torre de la Universidad es más que un reloj, es emblema de aspiraciones, estandarte de los compromisos universitarios del país que se levanta hacia un futuro cifrado en la formación de sus juventudes y en la ampliación de su cultura.

El último capítulo nos habla de lo ajeno y de lo propio. Lo propio lo trata desde la óptica de la diáspora puertorriqueña hacia los Estados Unidos. Toma a los puertorriqueños de allá y a los puertorriqueños de acá como un solo pueblo, valoración que comparto en tanto y en cuanto los componentes mantienen un sentido único de identidad nacional con independencia del lugar de nacimiento y del idioma que se hable. Partiendo de esa valoración, durante mi gobernación creamos el Departamento de Ayuda a los Puertorriqueños en los Estados Unidos, que les prestaba servicios de apoyo en relación con el trabajo, la educación, la vivienda, etc. a los puertorriqueños en Estado Unidos.

García Padilla se planteó cómo servir a la comunidad del norte desde la Universidad. Desarrolló para ello un programa bilingüe para ofrecer oportunidades a aquellos que interesaran tomarlas de formación dentro de nuestro medio ambiente cultural, de modo que la experiencia no solo representara beneficios académicos, si no que condujera también al mejor conocimiento y a la mejor vinculación con la otra parte del pueblo del que se sentían parte.

García Padilla define al mundo como lo ajeno y nos presenta una serie de iniciativas o vinculaciones de la Universidad con distintas universidades en el Caribe, en la China, en España, en Chile y en otros lugares con los cuales pretendió insertarnos en circuitos globales del saber y de las tecnologías.

Encausó a la Institución en las ciencias puras y aplicadas con proyectos de alcance en la biotecnología; y al momento de cesar sus funciones se

perfilaban nuevas zonas de investigación en las ciencias sociales, en la cooperación internacional, en las comunicaciones y en el derecho.

Cierra el capítulo de lo propio y lo ajeno como contrapunto a lecturas negativas del país en los días de su presidencia de parte de prestigiosas revistas de circulación internacional. García Padilla nos relata la presentación en el 2003 en el Carnegie Hall del Coro de la Universidad junto a la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico, para interpretar como parte de la celebración del Centenario de la Universidad, la Misa Réquiem de José Ignacio Quintón, uno de los grandes trabajos corales del siglo 20 puertorriqueño, compuesta en Coamo en el mismo año de la fundación de la Universidad.

Luego de hacer mención del evento nos dice que los buenos coros universitarios describen el talento, el compromiso y la disciplina de sus integrantes y de la comunidad que los auspicia. Puerto Rico necesitaba –y necesita- proyectar esos distintivos de su gente, especialmente de sus jóvenes; proyectar a un pueblo luchador y tenaz, que ha enfrentado con éxito retos magníficos con creatividad y con audacia.

Con esa creatividad y con esa audacia, la Universidad de Puerto Rico tiene que enfrentar los retos del siglo 21. El plan estratégico, *Diez para la Década*, que desarrolló García Padilla y que presenta en su libro, encaminaba la Institución en esa dirección. Al país hay que pensarlo igualmente con un proyecto de futuro que energice y transforme instituciones de gobierno anquilosadas, enmohecidas y embotadas después de siete décadas de haber sido creadas. Un proyecto de futuro que renueve el sentido del servidor público con el orgullo del mérito, con el propósito y el empeño de llevar a cabo una transformación de la penosa realidad a donde ha venido a parar el País luego de cuatro décadas de alternancia.

En las nuevas generaciones tenemos excelentes profesionales capaces de enfrentar esos retos. Falta reconstruir las herramientas institucionales oxidadas por la burocratización, la politización y la sindicación irresponsable para tener los instrumentos con los cuales darle al País la justicia, el progreso, y la calidad de vida que merece. Ese fue el reto que enfrentó García Padilla en la Universidad. Su libro es una buena hoja de ruta para lo que hay que hacer en el País.

**Ponencia presentada en la presentación del libro *La Universidad y el País: Escenarios del Siglo 21* en el Museo de Arte de Ponce. Esta actividad fue auspiciada por la revista Ceiba.